

«Futboleroismo»

ANTONIO VERGARA

Está a punto de llegar el otoño. El preaviso del cambio estacional no está determinado por la *gota fría* únicamente, sino por el comienzo del Campeonato de la Liga de Fútbol. Si no fuera porque la *gota fría* trae a menudo la pérdida de vidas humanas y siempre perjuicios económicos, afirmaríamos rotundamente que la catástrofe social más importante de la temporada otoñal, que se prolonga hasta la primavera, es el *futboleroismo*, brutal borrasca.

Todas las aficiones son respetables, por absurdas y maníacas que les parezcan a quienes no las comparten, siempre y cuando no perturben su existencia. ¿Hay afición más ridícula, sobre todo a ciertas edades, que coleccionar ejércitos de soldaditos de plomo, *hobby* que revelaría un trauma infantil o instintos despóticos? ¿O más rara y misántropa que cazar mariposas? Seguramente las habrá, pero son ejercidas en la intimidad o sin alterar el orden público o el equilibrio mental de importantes sectores de la población. Por tanto, hay que respetarla.

Las aficiones onanistas, en sentido amplio y no estrictamente sexual, son las más inofensivas socialmente: coleccionar sellos, catalogar insectos fósiles de la Era Terciaria, jugar al billar (onanismo a dos), leer libros de gramática bable o torear de salón en el pasillo de casa mientras se escucha una ópera de Wagner por los auriculares.

Ahora bien, imaginemos que, por un extraño mecanismo social, prendiera en numerosos sectores de la población la afición a los soldaditos de plomo, al estudio de los insectos fósiles de la Era Terciaria o al billar, y que todas las emisoras de radio, las cadenas de televisión y la prensa dedicaran interminables espacios durante ocho o diez meses al año a ilustrarnos sobre los batallones de granaderos del imperio austro-húngaro (con marchas militares de fondo en los medios audiovisuales), los insectos fósiles de la Era Terciaria (con efectos sonoros de la fauna Terciaria) o la historia del billar (con el ruido del entorchocar de las bolas y de la tiza ésa que se le pone al taco y que produce *dentera*). ¿Cómo reaccionarían entonces los *futboleros*, ahora la verdadera mayoría dominante en España?

Reflexionen los *futboleros* al respecto porque no queremos meternos con ellos ni que nos malinterpreten, cosa difícil en aquellos más recalcitrantes que solamente leen dos o tres periódicos deportivos al día. Pondremos otro ejemplo, en un afán pedagógico límite. Imaginen, amigos *futboleros*, que la música de jazz ocupara las cadenas de radio (todas) desde las 16.30 hasta las 22 horas de cada domingo, de otoño a primavera, que todos los días de la semana hubiera más de un



La Liga de fútbol es el preaviso del cambio estacional.

Levante-EMV



La afición al fútbol está en auge.

Levante-EMV

programa dedicado a ella, y que también la televisión y la prensa, especializada o no, llenaran espacios y espacios sobre Charlie Parker, Hank Jones, Bill Evans o Ruby Braff. ¿Podrían aguantarlo? ¿Se aficionarían al jazz? ¿O más bien se suicidarían? Nada de todo ello, porque, si esta utopía se diera, indicaría que la mayoría dominante del país ya no sería la *futbolera* sino la *jazzera*.

Del *panem et circenses* de los romanos hemos pasado al pan (no siempre, de ahí tanto fútbol) y fútbol, una vez desterrado por el signo de los tiempos (posmodernidad y disolución de todo lo soluble) el castizo y garbancero *pan* y *toros*. Y lo preocupante del *futboleroismo* es su inevitabilidad. La *gota fría* puede descargar o no (o puede caerles a los catalanes: mejor que mejor), pero el *futboleroismo* es se-

guro que descargará todos los otoños.

Tan considerable es el problema, y no queremos ser catastrofistas (que en otras sociedades ocurra lo mismo nos consuela), que hasta la intelectual y muy moderna cadena privada de televisión Canal Plus ha montado toda su estrategia publicitaria para aumentar desesperadamente el número de sus abonados en torno al *futboleroismo*. ¿Dejará por ello de ser menos intelectual y portaestandarte de la *progresía*? No, ya que hay muchos *futboleros* con carrera universitaria, y quienes no la tienen la obtendrán por contagio sólo con pagar casi cinco mil pesetas al mes para ver un partido de fútbol a la semana.

Así están las cosas. Hemos sido crudos, pero objetivos y ponderados. Los que no somos *futboleros*, aunque sí aficionados (nuestra única adicción fuerte es al restaurante Ampurdán, en Figueres), no tenemos inconvenientes en confesar que en los viejos buenos tiempos íbamos a Mestalla y Vallejo todas las semanas, y escuchábamos por la Radio Nacional de España a José Manuel Hernández Perpiñá. Pero lo de ahora es algo que nos angustia. Sabemos, sin embargo, que no estamos solos en nuestro desaliento. Muchas personas anónimas —y en desventajosa minoría social— también tienen que fastidiarse todas las semanas al no poder huir, por mucho que muevan el dial de su radio, del chaparrón *futbolero* dominical.

Estamos seguros que se solidarizan con nosotros, como nosotros nos solidarizamos con ellas. Desde aquí, un abrazo y un beso muy fuerte, según el sexo.

Hemos dejado para el final el derecho de tantos centenares de periodistas a ganarse un salario justo gritando los goles en primera, segunda y tercera división, en las categorías regionales y preferentes, en la de juveniles, en la de aficiones y en las que me haya olvidado; entrevistando a los protagonistas de la jornada, que siempre dicen lo mismo; acumulando lugares comunes acerca de tácticas y estrategias; dándole un tono épico a un juego de veintidós profesionales pegándose patadas y cabezazos a un balón; o repitiendo aquello de «han saltado al terreno de juego» (¿desde dónde? ¿desde la tribuna o desde una avioneta?). Cada uno se gana la vida como puede o sabe, y nosotros mismos cobramos semanalmente por escribir lo primero que se nos ocurre. Que se nos entienda, pues, bien: solamente pedimos un poco de equilibrio, proporcionalidad y mesura. Sabemos que es una petición inservible. ¡Mal Charlie Parker os obligue a oír una improvisación sobre Salt Peanuts!



Domingo, 8 de Septiembre 1991